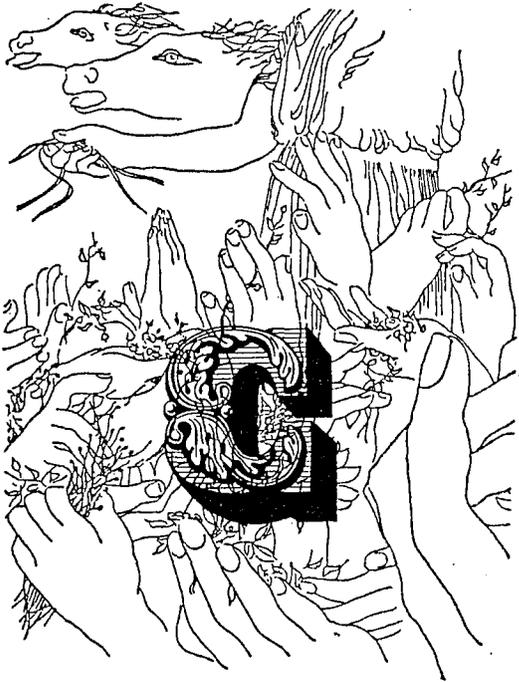


LA TRAYECTORIA POÉTICA DE JOAQUÍN BROTONS



uando en 1977, Joaquín Brotóns -apenas veinticinco años- publicaba su primer libro, Poemas para los muertos, parecía hacer suyo el último terceto del soneto de las Rimas con el que Lope respondía a la acusación del gongorino Lupericio Leonardo de Argensola de llevar a poesía todo hecho vivido:

¿Qué no escriba decis, o que no viva?
Haced vos con mi amor que yo no sienta,
que yo haré con mi pluma que no escriba.

Esta verdad poética lopianana la hace suya Brotóns desde esa primera publicación y la continúa hasta la bella edición malagueña de Reencuentro en el Sur (1987). Ciertamente es que el lector que abre un libro de poesía penetra en la vida del poeta, pero mientras, por ejemplo, Góngora ofrece un mundo de belleza sensorial mediante la que el lector tiene que intuir que el sueño poético del Polifemo o de Soledades conlleva una renuncia y un rechazo de la realidad exterior, en Lope -y en Brotóns- hay nombres, ciudades, fechas, que nos sumergen en un mundo íntimo que es el verdadero corazón del poeta.

De este modo, la trayectoria poética de Joaquín Brotóns no es si no su trayectoria vital, su vida, en la que no debemos esperar linealidad y sí agitado movimiento. Así, de unos inicios desgarrados Poemas para los muertos, Las máscaras del desamor (1978), Amor, deseo y desencanto (1979)- el poeta va pasando -con el previo anuncio de La soledad de la luna (1980)- a un tipo de poesía más sensual, con un desgarramiento personal semejante, pero, sin duda, amortiguado por una visión del mundo que ahora incluye el placer. El amor, el dolor y la muerte, la soledad o la indiferencia, permanecen como temas centrales pero desaparece el romanticismo como modo de manifestación poética. Brotóns, a partir de El espejo de la belleza (1982), se inicia en una lírica detrás de la cual respiran Cavafis y Cernuda, pero también -y clarísimamente- Pablo García Baena y Luis Antonio de Villena. La intertextualidad entre Huir del invierno, del segundo de ellos, y El espejo de la belleza la encontramos en temas y tratamientos como el del amor mercenario, el sur, la búsqueda infructuosa de amor, la belleza de los cuerpos; si bien, Brotóns renuncia al barroquismo culturista -formal y temático- que adorna la poesía de Villena.

De otra parte, las frecuentes enumeraciones de frutos, plantas y piedras preciosas con las que Brotóns describe en El espejo de la belleza, recorren la totalidad de la obra poética de García Baena, donde el poeta descubre un océano de posibilidades sensoriales y de valiosos hallazgos poéticos, como la utilización de periodos binomiales disyuntivos: "filtro o narcótico del amor", en Baena ("Agatha 2", de Antes que el tiempo acabe), "Brebaje o bebedizo de la sensua-